

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, julio de 1951

Núm. 989

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

Ella persiste...

Los perros ladran y la caravana pasa...
(Proverbio oriental)

Y Lucifer lo pensó y le dijo:

—Bueno, porque estamos en Pascua... te doy asueto por veinticuatro horas...

Una risa diabólica hendió la cara de Voltaire:

—¡Maestro!... ¡muchas gracias!

Y con un ruido de huesos descompuestos frotó sus manos viejas una contra otra.

Abriéronse las puertas del infierno y, vomitado por ellas, el siniestro viejo apareció sobre la tierra, en París.

¡Qué gusto le dió...! Se orientó unos minutos y en seguida reconoció el terreno.

... Aquí está el Sena... el Louvre... la plaza de la Revolución donde poniendo en práctica mis consejos, cortaron la cabeza a tantas gentes honradas... Allá, a la izquierda, el palacio Real.

Pero ¿cuál es esta calle nueva?...

Calóse las antiparras y leyó: *Avenida la Opera*.

—Perfectamente... ya me entero... han raido a San Roque y han colocado un teatro en su lugar... ¡Bravo!... seguramente no queda ya ni una iglesia en París

Bruscamente, sus dos orejas peludas se enderezan... A lo lejos, algo así como un alegre campaneo se deja oír... Allá... de la parte del Auxerrois... Din...! Din...! Don...! luego otro hacia la Cámara de los Diputados... luego un tercero que parece venir del Luxemburgo. Muy pronto llegan de todas partes... del Norte, del Sur, del Este y del Oeste... Y sobre todas estas voces baja profunda, honda como un río, la voz de las alturas de Montmartre.

—¿Qué tocan por ahí?... pregunta Voltaire a un joven que pasa corriendo...

—¿Que qué tocan?...

—Sí... quizá por la fiesta de la Razón?...

—...!!!!

—Porque, en fin... no hay iglesias ya...

El joven no contesta, pero acercándose a un agente de policía:

—Vigile usted a ese viejo... dice cosas incoherentes... está loco...

Voltaire enfila la Avenida y, de golpe, se ve cara a cara de la iglesia de San Roque.

—Aquí está...

Está fresca y clara la mañana, de Abril... el viejo quiere saber para qué sirve el templo: Museo?... Logía?... Club?...

Sube despacio por la escalinata, porque le duelen los huesos y coyunturas y empuja la gruesa cortina de terciopelo.

Imposible entrar... el edificio está de bote en bote.

—Habrán venido por oír música... siempre la hubo buena aquí.

Pero no; los órganos están mudos en la polvorienta altura del coro. Voltaire estira sus zancas esqueléticas y, por encima de las cabezas, ve a dos curas que dan la comunión a la multitud inmensa y recogida.

—Hermanos míos—dice otro cura desde el púlpito—para facilitar el acceso al Sagrado Banquete, los que se acerquen pasen por medio y por los costados los que hayan comulgado ya.

Y, durante media hora larga, Voltaire vió a los dos curas elevar sin tregua una hostia nueva sobre cada nueva cabeza, diciendo: *Corpus Domini nostri Jesu Christi custodiat animam tuam...*

Rechinaron los dientes largos en los alveolos anchos y el filósofo se fué...

—Es preciso que me entere bien... la Iglesia debió morir sin remedio, gastada por su imbecilidad, con mi siglo. Lo dije... lo repetí hace más de cien años... El ejemplo de San Roque nada significa si San Roque está solo.

Y alargó el paso y vió en diez barrios diez iglesias.

Y todas estaban llenas como un huevo fresco.

Voltaire, cansado, se sentó sobre un banco, pensativo, la barbilla en la mano.

Levantó la cabeza y leyó en letras inmensas sobre la fachada de un edificio pobre:

PATRONATO CATOLICO

—¡Patronato!.. este es nuevo para mí... A ver, a ver...

Y pudo entrar y sentarse en una silla entre muchos jóvenes y muchos niños

Y notó que muchos estaban distraídos y que enredaban locamente. Y les habló en chanza perversa como solía hacerlo con los señoritos fuertes de su edad.

Pero los chicuelos que, a pesar de todo estaban en misa, oyeron serios aquellas palabras perversas. Y uno de ellos, un mayor, le dijo:

—Pase por esta vez porque es usted viejo y chochea o está borracho; pero si empieza usted de nuevo le echo a la calle, gran carcamal... Y, a callar, eh!..

Rechinaron los dientes y llamaron los ojos.

Voltaire se encontró abatido, en la acera.

Y en ella... en ella también... se desbordaba la alegría pascual.

¿Por qué tantas tiendas cerradas?...

¿Por qué vestidos nuevos?...

¿Por qué familias rientes?...

Porque es Pascua.

Porque Cristo ha resucitado.

Porque la Iglesia sale a su encuentro con todas las flores de su abril inmortal y todas las riquezas de sus templos.

Porque ella... ELLA PERSISTE. He aquí el HECHO INNEGABLE!...

Persiste... roble heroico plantado por Dios y cuyas raíces tienen savias nuevas para todas las primaveras del mundo.

Y es ella... ELLA... la misma... la que conoció... la tan odiada por él.. Persiste en su unidad... el Credo aquel que oyó cantar allí es el mismo Credo de sus tiempos... ni una palabra más, ni una menos. Persiste su ideal de amor... su invencible esperanza de la vida de ultratumba, de la vida que corre a caño lleno en las almas libertadas.

—¡Qué raro!.. ¡que raro!—murmuraba Voltaire.

—Y sobre el «boulevard» Voltaire se detuvo ante un kiosko de periódicos engolosinador y provocativo.

—Así, así; perfectísimo... he aquí una porquería bien a punto; yo mismo no hubiera vomitado mejor.

Pero allí también... allí mismo... vió a Cristo relegado un poco en la sombra, como en Nazaret; pero allí sin

embargo... esperando la hora de la plena vida pública... su hora!..

Y el viejo de Ferney abre, por hacer algo, un periódico y lanza un grito: — ¡Esto es el como!

En el diario aquel se anuncian las fiestas de la beatificación de Juana de Arco... de la pobre niña que él quiso deshonrar ante la historia.

Y he aquí que surge con irresistible empuje por encima de los mares de lodo, dulce y graciosa... he aquí que salen miles de almas para Roma, donde ya los «hoteles» están llenos... he aquí que se cubre una y cien veces la suscripción para elevar una capilla a Juana de Arco y a San Miguel en Montmartre.

Era la inmensa derrota, con todos los triunfos de la baraja en la mano, menos la carta de Dios.

Entonces, con gesto desesperado, haciendo bailar la cabeza huesuda sobre la columna vertebral torcida, se negó a caminar hacia delante y huyó a las tinieblas de la ira.

Pero cuando Voltaire volvió a traspasar los umbrales de los círculos del infierno oyó al demonio de servicio silbar con voz irónica la famosa frase de uno de sus libros:

«Dentro de cuarenta años
...bonito estará Cristo!..»

Pierre L. Ermite

Los japoneses juzgados por San Francisco Javier

Cuando llegaron a las Indias los primeros misioneros lusitanos y comenzó a germinar entre aquellos pueblos, sumidos en la barbarie, la semilla de la palabra evangélica, sucedió que los japoneses, siempre ávidos de novedades, enviaron a Goa a dos de sus sabios más renombrados con el fin de que se informaran de las doctrinas que los misioneros católicos habían empezado a predicar entre los pueblos asiáticos, y muy pronto llegaron embajadores solicitando del virrey de las Indias el envío al Japón de predicadores cristianos.

San Francisco Javier, que conoció de cerca a los japoneses, decía de ellos: «Son prudentes, ingeniosos, razonables y deseosos de instruirse».

Acercado de este último punto expresábase así el santo misionero:

«El japonés es, por naturaleza, curiosísimo y deseoso de instruirse. Basta para convencerse de ello fijarse en las preguntas que nos hacen y en el interés con que oyen nuestras predicaciones y asisten a nuestras públicas controversias. Lo dejan todo de la mano por acudir a nuestras conferencias, siempre deseosos de aprender algo nuevo.»

Tampoco se escaparon al perspicaz entendimiento del insigne jesuita español la aversión al extranjero y el espíritu belicoso que parece constituir la característica del pueblo japonés.

«El japonés—decía San Francisco

Javier—ama sobre todo a su nación, y de tal modo menosprecia a los restantes, que hasta la llegada, de los portugueses a sus costas, puede asegurarse que no habían ejercido comercio alguno con ningún otro pueblo.

Estos insulares son apasionadísimos por las armas, y así me parece que, en su ardor guerrero, no darían cuartel a ningún extranjero; tal puede pensarse habida cuenta de sus costumbres y de su carácter»

Los japoneses continúan siendo como en el siglo XVI, curiosos, inteligentes, ambiciosos y emprendedores; pero tan enemigos del extranjero como lo eran en los tiempos en que el inmortal jesuita español intentó civilizarlos.

En la casa natal de San Ignacio

El Padre Ambrosio Blanco está ya viejo, cansado y achacoso.

Este invierno pasado por poco la entregó. Y a fe que él se hubiera ido tan contento al otro mundo.

— Soy ya un siervo inútil en la casa de Dios—dice a menudo.

Pero su Provincial no opina de ese modo y lo tiene de Padre espiritual en un colegio.

A él acuden los niños con sus ingenuidades y sus travesurillas; a él los activos fánulos con su rudeza y su buena voluntad; a él todos los religiosos de la casa con sus vivos anhelos de alta perfección.

Años atrás, cuando el buen padre estaba en el vigor de su salud y de su fuerza, recorría los pueblos en misiones que recordaban las que se leen de ilustres varones apostólicos y hasta fué enviado por la obediencia a una de esas residencias de bambú que la Compañía de Jesús tiene entre indios.

Hoy, de todas sus gloriosas empresas, de todas sus fatigas heroicas, tiene que limitarse a la actitud mansa del que escucha, del que espera, del que acoge y consuela.

Y para todos tiene la palabra feliz, la frase dulce, el consejo certero, que es luz, fuerza y aliento.

Y sin embargo, obsesionado por su senil temblor, apenas perceptible repite a cada paso el P. Blanco:

— ¡Ya soy un siervo inútil!

El gozo de los gozos y la consolación de las consolaciones.

Los Superiores lo han mandado a pasar una temporadita, dos meses de verano, allá en Loyola.

Ligero, alegre como un niño, marchó el viejo a la casa del Padre San Ignacio, al hogar de sus primeros fervores de novicio, a la sombra tonificante y familiar.

¡Cuántos años sin ver los santos muros, la amparadora cúpula! ¡Cuántos años sin traspasar el santo umbral!

Por eso lo primero que hizo al acercarse a él fué besarle hincado de rodillas. Aquel día primero de su estancia en Lo-

yola, fué jornada de emociones hondas y de recuerdos vividos.

— Este fué mi aposento de novicio... Este mi puesto en clase de Retórica... En este tránsito me reprendió una vez aquel Padre Maestro inolvidable... Ese trozo de huerta fué mi paseo durante varios años...

La capilla doméstica, donde hice mis primeros votos... La santa capilla, pródiga en horas de bendición para mí espíritu...

Mas este Padre Blanco, aunque a ido a Loyola para descansar y reponer su salud quebrantada, no quiere, como él dice, comer su pan en vano, y ha solicitado del Padre Rector un bonito ministerio de ocasión, el de «cicerone» por el magno edificio.

— Se cansará vuestra reverencia, Padre mío.

— No, no me cansaré...

Y he ahí a nuestro Padre acompañando visitantes a través de todas las capillas, claustros y dependencias del célebre monasterio vascongado.

Llegan aislados o en bullanguera caravana, acuden por devoción o por turismo, en rápida visita o en tranquila estancia de ocho días, gentes de todas clases, en tallado y en bruto.

Cestona, Zarauz, San Sebastián, Bilbao, envían sus diarias excursiones de veraneantes y bañistas.

Son tres meses de continuo ajeteo para todos los habitantes de Loyola, desde el portero, solicitado a cada instante por el timbre, hasta el Rector, abrumado de cuidados y de cavilaciones. Y los Padres y Hermanos van, vienen, suben, bajan, pasan mil veces por el mismo sitio, repiten hasta la saciedad la misma historia.

En esa porfiada narración de la vida del santo Fundador, día tras día, momento tras momento, ahora a un grupo de curiosos, luego a otro, palpita una provechosa labor apologética de la vida cristiana y religiosa, labor que realizan los Padres sin darse cuenta de ello, labor en apariencia a flor de tierra, pero que siempre deposita en el alma una buena semilla que a veces es admiración por el glorioso Santo y comienzos de devoción a él, a veces es desvanecimiento de prejuicios contra la Compañía que él fundó, a veces es deseo de mejorar de vida, a veces un secreto impulso hacia la perfección.

Y así, todo un tratado de apologética ignaciana va desarrollando el Padre Blanco en su sencillo oficio y hasta pone su miajilla de acibar de verdades eternas cuando muestra la sala de Ejercicios, y su poco de historia de la Iglesia cuando enseña el magnífico y devoto relicario.

Nadie se va de entre sus manos misioneras sin sentir aunque sólo sea un pasajero afecto de piedad, o sin haber oído algo que no sabía. Nadie se le separa sin haber sido herido con la sutil flecha de una inspiración. Y sobre todo, a nadie de ir sin que se haya arrodillado ante el altar de la conversión de San Ignacio y haya rezado un Padrenuestro para alcanzar de él la salvación.

Un día de estos iba este venerable «siervo inútil» acompañando a un distinguido joven, de ademán aburrido.

Tenía cara de padecer del hígado, mas

a su «cicerone» se le antojaba que su mal era del alma.

Nada le conmovía y nada le llamaba la atención.

Iba mirando todo con ojos indiferentes y cansados, y ni hacía la menor pregunta y apenas si contestaba con breves monosílabos.

—Cuando San Ignacio, ya cambiado en otro hombre, comenzó a levantarse—hablaba el Padre Blanco—solía venir a este oratorio, y aquí sin duda, imploraba de Dios fuerza y auxilio... Esta es la casulla de San Francisco de Borja, el de la admirable conversión que allá en Granada...

El joven oía pasivamente los relatos y pasivamente se inclinó hasta arrodillarse en la grada del altar de la santa capilla.

—Así verá usted mejor la imagen—le indicó el Padre—Representa el decisivo paso de su vida.

Y con voz queda y sosegadamente, le fué explicando el admirable proceso de la vuelta a Dios.

—Ahora—añadió al terminar—recemos un Padrenuestro a San Ignacio por nuestra pronta y sincera conversión.

Miró el joven al Padre, creyendo que aquello era una pequeña intriga jesuítica, más vió tal placidez en su semblante y oyó fluir tan serenas y puras las santas peticiones, que se vió compelido a responder:

—El pan nuestro de cada día...

Tropezó en una frase, dudó en otra, pero llegó al amén.

Los dos se levantaron y continuó la ronda por la casa. El uno más callado y pensativo, el otro más paternal aún y más afable.

Llegaron a la Iglesia. Estaba sola, inundada de frescor e impregnada de incienso de pasadas fiestas. Velaban dos lucecillas rojas ante el altar mayor. De la hornacina de vistosos mármoles se adelantaba airosa la imagen, toda ella de plata, del santo Fundador.

Comenzaron a dar vueltas por la inmensa rotonda.

¿Qué pasó, que de pronto se detuvieron ambos?

¡Misterios del señorito aburrido y displicente!

Lo cierto es que, parándose ante un confesionario preguntó resuelto:

—¿Quién puede impedirme el confesarme ahora...?

Cuando el Padre Blanco regrese a su Colegio, le preguntarán los otros religiosos sus hermanos:

—¿Qué tal, Padre carísimo? ¿Pasó vuestra reverencia buen verano?

Y él acaso responda:

—Demasiado bueno para lo que merece tan ruín e inútil hombre como soy.

J. LE BRUN

ca hubo tampoco tanta miseria y tanta desesperación.

Por vicio de los hombres quizás, la riqueza es mala y estéril para el bien.

Si queremos los triunfos del catolicismo, tenemos que volver la vista a la austeridad. Fuera de los auxilios sobrenaturales, en nada encontrará el catolicismo tanta fuerza como en la austeridad de los católicos. Esa austeridad será la cantera del sacrificio, y sin sacrificios nada vale en la vida ni se puede conseguir nada.

El miedo a ese sacrificio, sólo nos puede enseñar el camino de las abyecciones y de los vencimientos.

Una cruzada pacífica, hecha de ejemplos en favor del retorno a la sencillez, a la austeridad cristiana, al trabajo voluntariamente aceptado, a la vida familiar sin fausto, sin «tollets» sin ruidosas fiestas, sin esa necesidad intensa de serlo todo y de hacerlo todo, sería, pues, para combatir esa inacción que en la sociedad cristiana hacen la molicie y el placer, más necesaria que hace novecientos años la cruzada para combatir la invasión de los sarracenos.

¿Quién será Pedro el Ermitaño?

A SANTA ANA

Madre, la venturosa
entre las madres: ¿Qué rosa
floreció de tu rosal?

La más pura y más preciosa
que vió el jardín celestial.

Si fué tu Hija esa flor,
que del cielo transportada
fué del mismo Dios morada,
y Dios complació su amor
haciéndola inmaculada,

¿Qué piensas tú de ti misma,
que erés su madre y jardín?
¿Y que pensaba Joaquín?
¿Y vuestra alma, no se abisma
en un misterio sin fin?

Si fuiste madre en la tierra
y ella te quiso con celo,
¡con qué ilusión, con qué anhelo,
si en tí su cariño encierra,
no te gloriará en el cielo!

Allí estará tu poder
cifrado en que eres su madre;
con ella has de interceder,
logrando siempre mover
su corazón hacia el Padre.

Tú serás la intercesora
viendo nuestro mal prolijo
ante tu hija, en toda hora,
y ella será la señora
pidiendo piedad a su Hijo.

Hermenegildo Rodríguez

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Jesús de Nazaret, dirigiéndose a sus discípulos les dijo esta curiosa parábola: «Érase un hombre rico y tenía un administrador de quien le delataron que malbarataba sus bienes»...

.....
Ya en aquellos tiempos de la vida pública de Jesús de Nazaret, existían administradores que malbarataban los bienes de sus administrados.

A través de muchos siglos, ha habido muchos administradores poco celosos de su compromiso y de llevar con honradez las cuentas del dinero y bienes que se les ha encomendado. Un abuso de confianza y una mala fé les hizo dejar de ser honrados en la administración.

En esta época de desintegración de tantas cosas, la moral sufre desviaciones que ofuscan a muchos y los hacen perder la línea recta de la honradez y tratan de encontrar en bases nuevas de moral positiva los principios antiguos de la moral cristiana.

La sorpresa va dejando de serlo a fuerza de ver cada día más reducido el número de lo que siguen el recto criterio católico de lo justo y de lo injusto.

El robo ha tomado en el lenguaje normal de las gentes nombres distintos con los cuales pretenden disfrazarlo. Sin embargo, robar, sigue siendo «el quitar a otros, cosas o bienes contra la voluntad de su dueño». No todos lo entienden así; porque la pasión ofusca la razón y la tentación les ciega sin que les falten argumentos que fácilmente les convencen para justificar el robo que ocultamente están haciendo en su administración de los bienes ajenos.

Los sueldos pequeños, las necesidades de familia o de medio social, la desproporción entre lo que gana el administrador y el administrado, la vida cara, cualquiera de estos argumentos, les justifica de momento para retirar una pequeña o grande cantidad periódicamente de lo que no le pertenece. Otras veces es un pequeño aumento, como simple intermediario sin serlo, en el precio de venta, que se oculta al propietario vendedor, pero que se cobra al comprador al margen de la factura oficial, porque claro, usted ya comprende...; y con estas palabras, una sonrisa intencionada y la necesidad del artículo por escasez, queda justificada la demasia que pasa a incrementar su sueldo de administrador.

Son tan elevadas las sumas de dinero que se manejan, tan rápidas las transacciones comerciales, tan constantes los negocios que bordean la ley comercial, y tan propósito las formas modernas de compra-venta que burlan las leyes vigentes, que parece muy fácil y muy justificada la sisa de dinero, que en el lenguaje de los «negocios de actualidad» encuentra fácil denominación, sin que pase por ninguno de los tiempos del verbo robar.

Y esto es muy corriente, pero sigue siendo un robo. Un robo que si meditamos nos lo dice la conciencia, simplemente con que pensemos que de estos actos inmorales no sabe nada nuestro administrador. Y sabiéndolo o no, íntegramente el sobreprecio sería de él y no de estos administradores que viven explotando la confianza depositada en ellos.

Sería muy triste que a la hora de la muerte, la conciencia nos hiciese ver claro el robo constante que estamos haciendo ahora y que no pudiéramos devolver ni rehabilitar.

La mejor riqueza

Cuando Roma fué pobre y austera, fué virtuosa, fuerte, conquistadora. Cuando se hizo rica, se corrompió y se derrumbó como torre sin cimientos. Nunca hubo en el mundo tanta riqueza como hoy, y nun-

Lo mismo se roba en poca cantidad que en mucha. Es preciso mantener en esto un criterio íntegro porque ceder una vez, por pequeña que sea la cantidad, es muy fácil después, en esta época de desvalorizaciones, ampliar el límite económico que tengamos establecido para justificarnos.

Y habiéndole llamado el hombre rico a su administrador le dijo:

—¿Qué es eso que oigo de ti? Dame cuenta de tu administración.

Ante el Tribunal de Dios, también se nos podrá hacer esa pregunta.

R.

Comentando

Los hombres plomo

¿Dicen que no son tristes las despedidas?
Dile a quien te lo dijo, que se despida.

Esto lo dice el cantar popular. Y ya quisiera yo que así fuese en muchos casos. Porque hay casos en que se desea ardentemente que llegue la despedida. Hay tipos que paran a uno en la calle, solamente para no decirle nada; hacerle perder el tiempo y la paciencia, y para no acabar nunca de despedirse.

Esto me pasa a mí con harta frecuencia, porque dado mi carácter, no sé despegarme de estos tipos que parece que están fabricados de papel pegamoscas. Se nos cogen del brazo, nos llevan en dirección contraria a la que necesitamos llevar, nos privan hacer los recados urgentes de nuestros negocios, sólo para que les acompañemos a ellos a perder el tiempo, y

nos enteran de sus cosas terribles, sin importancia y para nosotros sin interés ninguno, y todo sin que llegue el momento «triste» de la despedida.

De estos hay muchos en todo el mundo; y yo creo que más que en ningún sitio, en nuestra queridísima ciudad.

¿No saben ustedes lo que es perder el tren y la paciencia al mismo tiempo? Pues esto ya me pasó a mí. Un asunto urgente y de sumo interés me reclamaba en cierta no lejana ocasión, y tenía que resolverlo en una localidad distante de la nuestra, y a la que tenía que dirigirme en el tren de las once y veinte. Salí de casa con todos los sentidos puestos en el asunto. No sé cuántos sentidos tiene un hombre medianamente formado, pero sí sé que yo los tenía todos y que todos estaban al servicio de aquél asunto en aquella ocasión.

Un hombre plomo, no digo quién era, ni cómo se llamaba; pero sí publico el caso para su mayor vergüenza: un hombre plomo, digo, se pega a mi brazo y empieza a hablarme de cosas tontas y sin sentido. Tan pronto era objeto de su conversación el sarampión que padecía su hijo, como los malos condimentos que le «atizaba» su mujer, como las borracheras del vecino, como... como...

Y yo, corto de genio para estas cosas, sin encontrar el modo de cortar aquella verborrea inacabable e inaguantable. Cambió de rumbo. El, cariñosamente, cambió también, pero con tal habilidad, que cuando me dí cuenta estaba en el sitio más apartado de la Estación, a pesar de que le había indicado mi necesidad de salir en el primer tren. Entonces, enmudecía, a ver si de esta manera él se percataba de que deseaba no hablar, y me dejaba en paz, notando que me molestaba. Fué lo mismo.

El habló por los dos. En resumidas cuentas, que perdí el tren, la paciencia, etc.; y me vi precisado a decirle el perjuicio que me causaba con su entusiasmo. No lo lamentó lo más mínimo; antes al contrario, se creyó en el deber de decirme que ya sabía él con quién desahogaba, y quiénes eran sus verdaderos amigos: aquellos que saben sacrificar sus propios intereses ante el imperativo de una amistad verdadera.

Desde entonces me va a buscar todos los días a las siete de la mañana y no me suelta hasta las ocho de la noche. ¡Hasta come y cena en mi casa! ¡Todos los sacrificios son pocos ante eso tan bonito que dijo de la amistad!

¿No les pasó algo parecido a ustedes? ¿O es que ustedes son de esos de la buena amistad para sacrificar al prójimo?

Hero

César A. Prieto
PINTOR
Avda. Molinón, 2 - Tel. 3115
GIJON

Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado



José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen) **VALENCIA**

Máquinas de coser y bordar

“ **ALFA** ”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia
Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERÍA-PLATERIA-RELOJERÍA
Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES
Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La Caja de Ahorros de Asturias



Destina sus utilidades **INTEGRAMENTE** a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)